

LA SANTIDAD DEL MIEMBRO DE CRISTO.

La consecuencia más elemental que se deriva de ser miembros de Cristo es participar de la santidad de la Cabeza. El cristiano ha recibido como don la santidad; es Dios el que santifica, pero santifica en el cuerpo. Ser miembros de Cristo, es ser santos, y si dijésemos que no lo somos, seríamos ingratos con la cabeza; pero somos santos porque él nos santifica. De aquí se deriva un gran compromiso de fidelidad: "Sed santos, porque yo también soy santo; se atreva también el cuerpo de Cristo, se atreva aquel único hombre, que clama desde los confines de la tierra con su Cabeza, y bajo su Cabeza, a decir porque soy santo. Pues recibió el don de la santidad, la gracia del bautismo y la dádiva de la remisión de los pecados... Asimismo, si siendo fieles de Cristo y miembros de Cristo dijeres que no eres santo, serás ingrato... Di a tu Dios: 'Soy santo porque me santificaste; porque recibí, no porque tuve, porque tu me lo diste, no porque yo lo merecí... Si se hicieron miembros de su Cuerpo y, no obstante, dicen que no son santos, injurian a la Cabeza al no ser miembros santos de ella. Ve ya en dónde estás, y acepta la dignidad de tu Cabeza... Diga, pues, todo cristiano; es más, diga todo el Cuerpo de Cristo, clame en todo el mundo soportando tribulaciones y diversas tentaciones y escándalos sin cuento; diga: 'Guarda mi alma porque soy santo' (Comentario al salmo 85,4).

Es dentro de la Iglesia donde somos justificados; Cristo es el Justo y el justificador, pero nos justifica en la Iglesia: "Cristo nuestro Señor es el justo y el que justifica; nosotros somos gratuitamente justificados por su gracia. Pero no justifica sino su Cuerpo, que es la Iglesia. Luego si el Cuerpo de Cristo se queda con el despojo de los impíos, y las riquezas de los impíos se atesoran para el Cuerpo de Cristo, no deben ellos quedarse fuera para calumniar, sino entrar dentro para ser justificados" (Epístola 185,40)

Si sólo Cristo es nuestra santidad y nuestro fin verdadero, todo lo que hacemos, por nuestra parte, debemos referirlo a Él: "Luego dirigid la atención al fin, dirigidla a Cristo. ¿Por qué se llama fin? Porque todo lo que hacemos lo referimos a Él; y, cuando lleguemos a Él, no tenemos ya otra cosa que buscar... Luego nuestro fin debe ser nuestra perfección; y nuestra perfección es Cristo. En Él nos perfeccionamos porque somos miembros de su Cabeza" (Comentario al salmo 54,1). No podemos olvidar que los cristianos viviendo en la religión verdadera, siendo miembros unidos a la cabeza, somos raza elegida, ciudadanos del cielo, en esta ciudad del cielo la ley es la caridad, la norma la eternidad y el rey la verdad: "Constituye a los hombres (la verdadera religión) en ciudadanos de otra ciudad, cuyo rey es la verdad, cuya ley es la caridad cuya norma es la eternidad" (Epístola 138,17).

Como podemos comprobar lo importante, para Agustín, es que estemos unidos al cuerpo, pero no es menos importante que cada uno de los miembros vivamos para el todo. Las funciones que cumplimos, como sucede en todo cuerpo, no las cumplimos sólo para nosotros mismos, sino para el conjunto, para el todo; y es que cada uno tenemos nuestro propio don, o mejor dicho, somos un don para los demás: "La Iglesia es el cuerpo de Cristo, de ese cuerpo eres miembro tú; luego, como eres miembro de este cuerpo que habla todas las lenguas, debes creer que tú hablas también todas. La unidad de los miembros mantiene su concordia perfecta por la caridad, y la unidad habla las mismas lenguas que hablaba entonces un solo hombre. También nosotros recibimos el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia, y si estamos unidos por la caridad, y si nos

gozamos del nombre y fe católicos. Creámoslo así, hermanos, en el mismo grado que ama alguien a la Iglesia, en el mismo grado posee el Espíritu Santo... Se dan muchos dones para que se muestren; pero tú tal vez no tengas ninguno de los que acabo de enumerar. Si amas, algo tienes; porque, si amas la unidad, cualquiera que tenga algo en ella, lo tiene también para ti. Haz que se vaya de ti la envidia, y es tuyo lo mío. Haga yo que desaparezca de mí la envidia, y es mío todo lo tuyo. La palidez (envidia) divide y la salud (la caridad) une. En el cuerpo solamente el ojo ve; pero ¿acaso ve únicamente para sí mismo? Ve también para la mano, y para los oídos y para los demás miembros; porque, si el pie sufre algún daño, no quita la vista de allí para tomar precauciones. La mano, lo mismo, es la única que trabaja del cuerpo; pero ¿acaso trabaja únicamente para sí? Trabaja también para los ojos. Porque, si viene un golpe a la cara y no a la mano, ¿por ventura dice la mano: 'No me muevo, porque este golpe no viene a mí'? Lo mismo el pie; andando trabaja por el bien de todos los miembros; todos los demás miembros callan, y para todos habla la lengua. Poseemos, sin duda, el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia. Se la ama si se permanece en su unidad y caridad" (Comentario al evangelio de Juan 32,8).

La santidad de la Iglesia verdadera. La santidad consiste en la unión con Dios y la mayor unión con Dios de la naturaleza humana es la del Verbo, que es Dios hecho hombre: "¿Qué significa: Por ellos me santifico yo a mí mismo, sino que los santifico en mí mismo, siendo ellos yo? Porque estos de quienes ahora habla son, como dije antes, miembros suyos, y un solo Cristo es cabeza y cuerpo... Entonces se santificó en sí, esto es, se santificó a El, hombre, en El, Verbo, ya que el Verbo y el Hombre son un solo Cristo, que santifica al Hombre en el Verbo. Y en atención a sus miembros dice: Y por ellos yo me santifico, es decir, para que también a ellos les sea provechoso, porque también ellos son yo, como a mí me fue provechoso en mí, porque soy hombre sin ellos: También yo me santifico a mí mismo, esto es, los santifico a ellos en mí como a mí mismo, porque ellos en mí son también yo" (Comentario al evangelio de Juan 108,5). Agustín habla de la Iglesia como de la "Santa Iglesia de Dios" (Comentario a la primera epístola de Juan. Prólogo). Si la Iglesia es la prolongación y la plenitud de la vida visible y terrena de Cristo, como afirma Agustín: "Pero más cumplidamente el cuerpo del Señor es la santa Iglesia, cuya Cabeza subió al cielo" (Comentario al salmo 111,1), es normal que una de sus notas características sea la de su santidad.

La Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, es santa, aunque ahora esté compuesta de santos y pecadores: "Lo mismo al decir: 'La Iglesia gloriosa que Dios se eligió sin arruga ni mancha', lo dije no porque lo sea ahora totalmente, aunque no tengo duda alguna de que ha sido elegida para eso, para que lo sea, cuando aparezca Cristo vida suya; pues entonces también ella misma aparecerá con El en gloria por la cual es llamada Iglesia gloriosa" (Retractaciones 1,19,9). Ser hijo de la Iglesia es lo mismo que ser santo: "Viviendo ya entre el número de los santos, es decir, entre la muchedumbre de los hijos de la Iglesia" (Comentario al salmo 93,12).

Agustín, frente a los donatistas, siempre defiende la santidad universal de la Iglesia; en ella está presente Dios formando con todos los miembros un solo edificio: "Dios está en este santo templo suyo, el cual consta de muchos miembros, que ejecutan sus propios oficios y se hallan conformados por la caridad en un solo edificio. Todo el que, basado en su preeminencia, se aparta de la sociedad católica, profana este templo" (Comentario al salmo 10,7).